

José Vicente GARCÍA SANTAMARÍA

Juan Carlos SÁNCHEZ ILLÁN

Marinos republicanos en los campos de concentración soviéticos, 1938-1956

Madrid, Catarata, 2025, 192 pp.

La terrible y desconocida odisea de un grupo de marinos mercantes republicanos en los gulags soviéticos, atrapados entre la Guerra Civil, la Segunda Guerra Mundial y el estalinismo.

El título, *Marinos republicanos en los campos de concentración soviéticos, 1938-1956*, no responde en puridad al contenido de este ensayo, reforzado como está por el anuncio, en la introducción, de hacer un relato «no contaminado por ideologías ni tono épico», tratándose de «un colectivo de trabajadores del mar tan ajeno a ambos». Y es que este trabajo no se reduce a la odisea de los marinos. De esos marinos mercantes que «se jugaban la vida transitando desde los puertos de Levante hasta Odesa», en muchas ocasiones «abandonados a su suerte»; aquellos marinos secuestrados «de la flota mercante que acabaron siendo utilizados por la URSS como mano de obra esclava desde 1941 hasta 1954». Los tripulantes del buque Juan Sebastián Elcano, donde trabajaba el abuelo de uno de los autores, José Vicente García Santamaría.

Una razón de eficacia investigadora —y dadas las condiciones similares en el cautiverio soviético de tantos otros republicanos españoles— ha hecho que la mirada que había de centrarse en los marineros se dirigiera también a pilotos y a prisioneros de la División Azul, sin dejar de mencionar a los llamados *niños de la guerra*. De ahí también la incorporación de testimonios de prisioneros de otros países, credos o ideologías, para disponer de aportaciones «diferentes que permitieran dar a conocer mejor las condiciones a las que todos fueron sometidos». Ello ha supuesto enriquecer el ensayo y los objetivos investigadores, ofreciendo un panorama de conjunto sobre los cautivos republicanos en los campos soviéticos. Se trata de españoles republicanos que quedaron atrapa-

dos en las fauces de una URSS, en pleno auge del estalinismo, con desenfrenado afán de anular a todo aquel que se encontrara en su territorio sin haber sido requerido.

Esta es la historia de un periplo de más de quince años en tierras del Círculo Polar Ártico, de Kazajistán a Odesa. De miles de kilómetros que hubieron de recorrer tantas víctimas del Gulag, el terrible acrónimo de Dirección General de los Campos y Colonias de trabajo correccional. Y lo es de los campos de trabajo forzados, destino de quienes se convirtieron, sin acusación explícita ni proceso judicial alguno, en deportados, internados, cautivos y, en tantos casos, exterminados. Es la odisea que arranca en el otoño de 1937 con la llegada a Odesa de 285 marinos —el dato que había evidenciado Luiza Lordache— muchos de los cuales desde el primer momento mostraron su deseo de salir de la URSS, posible causa principal de su condena. Aunque aquellos que decidieron adoptar la ciudadanía soviética, con el fin de resolver buena parte de sus males, también se encontraron de pronto detenidos bajo la acusación de ser espías de potencias extranjeras. Porque cualquier motivo —o la ausencia de motivo alguno—, en este contexto asfixiante y represivo, era una buena razón para convertirse en víctima propiciatoria de una tiranía sin paliativos.

El ensayo se construye así con múltiples protagonistas. En el transcurso de la lectura se aprecia una suerte de anarquía narrativa al modo anglosajón, tan diferente al cartesianismo, que abre ventanas de interés con historias de tantas vidas que quedaron unas sepultadas y otras atrapadas en esas tierras inhóspitas con temperaturas a menudo próximas e incluso superiores a los treinta grados bajo cero.

Los primeros testimonios de presos republicanos españoles en la URSS este ensayo los data el 14 de junio de 1947, gracias al artículo del ministro republicano Rafael Sánchez Guerra titulado «Un fait insolite. Des républicains espagnols dans le camp de Karaganda», publicado en el semanario del exilio *L'Espagne Républicaine, Hebdomadaire Politique et Littéraire* y, más tarde, en la obra

de Jozef Czapski, *En Tierra Inhumana*, publicada en 1951. Ponderan, asimismo, los autores el papel de la Federación de Deportados e Internados Políticos (FEDIP) que nace en 1945 en Toulouse y la obra de su gran gestor, José Ester Borrás. Gracias a sus fundadores, que emprenden una campaña de difusión a nivel internacional sobre las difíciles condiciones en el Gulag, se empieza a conocer la existencia de marinos y pilotos españoles internados en los campos de concentración soviéticos y «su trágico calvario». Y, simultáneamente, se lamentan del abandono en el que les dejó el Partido Comunista Español, tanto como de haber sido «ultrajados y vilipendiados» por algunos miembros del Comité Central de Partido Comunista de España exiliados en Moscú que «siempre se negaron a reconocer su detención ilegal, fruto de la brutalidad del periodo estalinista».

Un interés muy especial tiene el capítulo 3, que pone el foco en el sistema carcelario soviético, su razón de ser, sus recursos, sus métodos de trabajo, tortura y exterminio. Se adentra en esos campos de concentración tan poco conocidos hasta la aparición, en 1974, de *Archipiélago Gulag* de Solzhenitsin. Se trata del sistema soviético de «campos de trabajos forzados» que, hasta el siglo XXI, no se reconoció como «el más vasto y brutal que haya existido nunca». Se adentra en esos miles de campos, a lo largo y ancho del vasto territorio de la URSS que sirvieron para aislar a los individuos que consideraban sospechosos. Campos que, en teoría, no contemplaban deliberadamente el exterminio, como sí lo hicieron los nazis. Distinción esta que no aceptó Solzhenitsyn, cuya definición categórica es que «se inventaron para exterminar». No en balde, fueron llamados por los prisioneros «tritadora de carne». Usaron el hambre como castigo, «el hambre como función para un mejor sometimiento de los presos»; el hambre que ya probaron los soviéticos en los años 30 en Ucrania, con unos resultados de más de cuatro millones de muertes. Y al hambre se unieron enfermedades de toda índole y un frío aterrador. Llegaban a estar a más de treinta grados bajo cero y había que superar los cuarenta bajo cero para que se permitiera a los

prisioneros no trabajar a la intemperie de las terribles tundras siberianas. Esta frase, tomada de Anne Applebaum (2019) es aterradora: «Mataban con igual crueldad que el gas, aunque más lentamente». Los autores utilizan la denominación de «campos criminalizados». De 1929 a 1953, año de la muerte de Stalin, pudieron pasar por ellos unos dieciocho millones de hombres, mujeres y niños.

Otro parecido entre los campos nazis y los soviéticos es la utilización de los prisioneros como «mano de obra barata» o «mano de obra esclava» —sería más exacto—, para resolver problemas insoslayables de la interrupción de la producción, para la explotación de las inmensas riquezas naturales de la URSS, sin mencionar los trabajos del sector primario, exploración forestal, tendido del ferrocarril, construcción industrial aeronáutica o armamentística. En suma, unos campos, los soviéticos, en los que, a diferencia de los nazis y las cámaras de gas, los presos solían perecer de agotamiento en los propios lugares de producción. Esos lugares fueron el destino de tantos republicanos españoles, fueran marinos o pilotos, hasta que en 1948 empezara la repatriación que culminó con la muerte de Stalin en 1953. Con más de quince años de tortura y reclusión «sus vidas personales quedaron destruidas». Estremece pensar que el desmantelamiento definitivo de estos campos no se produce hasta 1987, con Mijaíl Gorbachov.

Cuando, finalmente, Vicente García Martínez —abuelo, como ya se ha indicado, del autor José Vicente García Santamaría—, marino del *Juan Sebastián Elcano*, encargado de los pertrechos del buque trasatlántico que viajó a la URSS en julio de 1937, desembarcó en Barcelona tenía 61 años. Era abril de 1954. El infierno había durado para él más de 16 años. Y nunca, ni él ni sus compañeros de penurias, recibieron el «merecido reconocimiento de la España democrática». Ojalá que sirva este ensayo para que su sacrificio no caiga en el olvido y, sobre todo, que nunca más se vuelva a repetir.

María Pilar Diezhandino Nieto
Académica Senior de la Universidad Carlos III